

escándalo (1); cumpliase lo que, lleno de presentimientos, había vaticinado Savonarola: «La espada de la ira divina se había descargado sobre la tierra, y empezaban los castigos» (2).

Pero por muy fundado que sea este juicio, hay que prevenirse contra la suposición de que se hubiera extendido una opinión tan desfavorable, cuando Alejandro VI obtuvo el logro de sus ambiciones. Por el contrario, Rodrigo de Borja era tenido, al tiempo de su elección, por uno de los más hábiles miembros del Colegio Cardenalicio; parecía reunir en sí todas las cualidades de un eminente soberano temporal; sus extraordinarias aptitudes y conocimientos hacían que muchos le tuvieran por el hombre á propósito para dirigir, por entre las dificultades de la época, el Pontificado, que más que nunca formaba entonces el centro de toda la política. El que se contentaran sus contemporáneos con esto, relegando al último término todas las otras dificultades de carácter eclesiástico, es característico para conocer las tendencias de aquella época (3). Un contemporáneo, pintando la índole del nuevo Papa, decía de él solamente: «Es un varón de altos pensamientos y, con una mediana formación, de elocuencia fácil y llena de fuerza, sagaz por naturaleza y, sobre todo, de una inteligencia asombrosa para el manejo de los negocios» (4). Segismundo de Conti, que tuvo mucha ocasión de conocer bien al cardenal de Borja, le caracteriza como un hombre por extremo hábil, que reunía, con grandes dotes naturales, el estar muy versado en los negocios: «Hace 37 años—continúa—que toma asiento en el Colegio Cardenalicio, y desde su elevación por su tío Calixto III, no ha dejado nunca de asistir á un consistorio, salvo el caso de enfermedad»; cosa que se podía entonces decir de muy pocos. En los reinados de Pío II, Paulo II, Sixto IV é Inocencio VIII, tuvo mucho valimiento, y

(1) Raynald, 1456 n.º 41; 1492 n.º 26, como también Döllinger 353, 357 y Hergenröther, Kirchengesch. II, 1, 130. Sobre la vida de Alejandro VI antes de su elección, v. arriba, p. 364 ss.

(2) Villari, Savonarola I, 165 s.

(3) Cf. los juicios semejantes de Reumont, III, 1, 201, de Lange 33 y de Gregorovius VII, 303, 308 y Lucrezia Borgia 9, donde se advierte justamente, que nada hay más falso que el modo como comúnmente suele representarse á este Borja, como á un hombre sombrío y fiero. Por más que los testimonios que he aducido en el texto le den razón, quiero con todo hacer notar, que el cronista Schivenoglia 137 escribe de Rodrigo Borja en 1459: De un aspecto de fare ogni male. Pero esta pintura es enteramente singular.

(4) Jacobo de Volterra era quien juzgaba de este modo. Cf. arriba 367 ss. y Gregorovius VII, 303.

fué legado en España é Italia. Entendía la etiqueta mejor que otro alguno; sabía presentarse muy bien, y poseía un lenguaje brillante y un aspecto lleno de dignidad; á lo cual se agregaba su figura majestuosa. Se hallaba también precisamente en aquella edad en que, según Aristóteles, los hombres son más prudentes: contaba unos 60 años. Por efecto de sus fuerzas corporales, y del vigor de sus facultades espirituales, podía desempeñar muy bien las obligaciones de su nuevo cargo». Más adelante completa el mencionado historiador su carácter, escribiendo acerca de Alejandro VI: «Era alto y de robusta constitución; y á pesar del parpadeo de sus ojos, los tenía vivos; poseía un lenguaje por extremo apacible, y entendía perfectamente las cosas de hacienda» (1). Otros contemporáneos hablan de él por semejante manera. El célebre Pico de la Mirándola, quien á la verdad esperaba obtener una gracia especial de Alejandro VI, dirigió á 16 de Agosto de 1492 al nuevamente elegido, un escrito de felicitación en que hacía de él un elogio de todo punto brillante; el carácter y el espíritu del nuevo Papa y las esperanzas que muchos ponían en él para la salud de la Iglesia, se pintan allí de una manera enteramente entusiasta; y no falta la alusión á la hermosura corporal de Alejandro (2). También el obispo español Bernardino López de Carvajal realizaba, en 1493, la eximia belleza y fuerzas corporales del nuevamente elegido (3). Los retratos contemporáneos de Alejandro le muestran verdaderamente muy robusto; pero para nuestra apreciación actual, en ninguna manera hermoso; los rasgos de su fisonomía son groseros y sensuales, la nariz grande y curva, las grandes cejas negras y los pómulos salientes, llaman particularmente la atención; los labios aparecen gruesos y la barba metida; la testa es calva, y sólo en la parte posterior

(1) Sigismondo de' Conti II, 53, 270; cf. también 268. La edad del Papa se indica falsamente por algunos contemporáneos, v. gr. Schivenoglia, 137, Porzio (Thuasne II, 425) y Hieronymus Donato en Sanuto II, 836. El mismo Alejandro VI dijo á los cardenales el 1 de Enero de 1498, en presencia de Burchard, que el día anterior había cumplido 67 años, que nació en un día de año nuevo que cayó en domingo, en el primer año de Eugenio IV. Burchardi Diarium II, 425; cf. III, 228. Pero el año del nacimiento no puede ser el 1431; porque el día de año nuevo de aquel año no cayó en Domingo. Es probable que el verdadero año del nacimiento sea el 1430; v. Engl. Hist. Review XII, 562.

(2) Dorez ha publicado esta notable carta en el Giorn. d. Lett. ital. XXV, 360-361.

(3) Roszbach, Carvajal 35.

está coronada de raros cabellos grises. Así se muestra Alejandro VI en el famoso fresco de Pinturicchio en el *Appartamento Borgia*; en las medallas aún están más acusados sus rasgos. Un busto de mármol que se halla en el museo de Berlín, lo presenta algo más idealizado, y como conjunto, produce una impresión imponente (1). Este imponente exterior, cualidad á que dan grande importancia los italianos, se pone particularmente de relieve en la descripción que de Alejandro hizo Jerónimo Portius en 1493: «Es de alta estatura, de color mediano; sus ojos son negros y su boca algo gruesa. Goza de una salud robusta, y tolera sobre todo cuanto puede pensarse, todo género de fatigas. Es extraordinariamente elocuente, y toda incultura está lejos de él» (2).

En todas estas descripciones, nada se dice de la conducta moral de Borja; pero no se puede suponer con todo, que estas cosas fueran entonces enteramente ignoradas; antes bien se ha de atender á que, en la Italia de entonces, como también en España y en Francia, se juzgaban con increíble indulgencia (3). Los excesos de las personas de alto estado pertenecían, en el siglo xv, al número de las cosas que se ven todos los días: principalmente en Italia, reinaba en este punto el más deplorable estado de costumbres. La inmoralidad de los soberanos de Nápoles, Milán y Florencia, era de todo punto extraordinaria (4); y los italianos

(1) Sobre los retratos y medallas de Alejandro VI, cuyo rasgo común es la nariz corva, v. Yriarte, *Autour des Borgia* 79 s. Yriarte asimismo ha reproducido, aunque de una manera insuficiente, el fresco de Pinturicchio que hay en el *Appartamento Borgia*. Mucho mejores reproducciones de este retrato de Alejandro VI se hallan en la publicación de J. C. Heywood, dedicada á León XIII, y de la que por desgracia sólo se han editado veinte y cinco ejemplares, la cual está intitulada: *Documenta selecta e tabulario secreto vaticano, quae Romanor. Pontif. erga Americae populos curam ac studia tum ante tum paullo post insulas a Chr. Columbo repertas testantur phototypia descripta. Typis Vaticanis 1893*, en la obra lujosa de Ehrle-Stevenson, en Steinmann (*Rom.* 104) y en la revista *L'Oeuvre d'Art*, 1897, Oct. 1. Sobre las copias de este cuadro, v. *Jahrb. d. kunsth. Sammlungen d. österreich. Kaiserhauses XVII*, 141. El retrato de Alejandro de Tiziano (Museo de Amberes) se halla en Müntz, *Les arts* 140. Sobre las medallas de Caradosso, con la testa de Alejandro, cf. también *Jahrb. d. preuss. Kunstsamml.*, III, 38. Sobre el busto de mármol de Alejandro, que hay en el Museo de Berlín, v. *Preuss. Jahrb.* LI (1883), 408; Bode, *Porträtskulpturen* 19, 42. Grimm, *Michelangelo I*, 547 s. y Müntz l. c.

(2) Gregorovius, *L. Borgia*, 8. Cf. también Christophe II, 375 y los juicios citados por Acton, 353 s.

(3) Cipolla 672. Respecto de España, v. Höfler, *Aera der Bastarden* 54.

(4) Cf. arriba, p. 147 ss.

del Renacimiento se escandalizaban poco ó nada de que muchos príncipes eclesiásticos no vivieran mejor que los seculares; lo cual era, en primer término, consecuencia de la laxitud de las ideas morales de la época, á que se agregaba también, el mirarse entonces á los grandes prelados, especialmente como príncipes.

Al paso que, según parece, se perdonaba al cardenal de Borja su conducta anterior, se recibió sin embargo escándalo de la manera desvergonzada con que compró la dignidad suprema. Con amarga ironía refiere Infessura el soborno de los electores, con las siguientes palabras: «Luego en seguida que Alejandro VI fué creado Papa, repartió todos sus bienes á los pobres»; después de lo cual, sigue el catálogo de las recompensas concedidas á cada uno de los cardenales (1). El notario romano Latino de Masiis prorrumpa, al mencionar la simoníaca elección de Alejandro VI, en estos lamentos: «Oh Señor Jesucristo, ¡por nuestros pecados ha acontecido esto, que tu Vicario en la tierra haya sido elegido de tan indigna manera!» (2)

A pesar de ello, es un hecho que, en muchas partes dentro y fuera de Italia, se saludó con alegres esperanzas la elevación de Borja al Pontificado. No menos que Juan Pico de la Mirándola, escribía, á 16 de Agosto de 1492, una carta de felicitación á Alejandro VI, en la que manifestaba poner las mayores esperanzas en su ascensión al trono (3). En Roma estaban muchos animados de estos alegres afectos. Un hombre tan distinguido y lleno de fuerzas, prometía un brillante pontificado; y además, se ganaba al pueblo con su hermosura y majestuosa presencia (4). Ya en la tarde del 12 de Agosto, se dirigieron al Vaticano los conservadores de la Ciudad, con los ciudadanos más distinguidos, en número de 800, todos á caballo, con antorchas, para prestar homenaje al nuevamente elegido; y en la Ciudad se veían por todas partes alegres fogatas (5).

(1) Infessura 281.

(2) Gori, *Archivio IV*, 242. En cambio, en la crónica del Notar Giacomo 176, se menciona la elección simoníaca de Alejandro VI sin una palabra de reprehensión.

(3) V. arriba p. 387.

(4) Gregorovius VII³, 308. Por lo demás, el discurso de G. Maino citado aquí según un manuscrito de la *Biblioteca Chigi*, se ha impreso repetidas veces, v. Hain, n.º 10975-10978 y Gabotto, *Giason del Maino* 162-163.

(5) Cf. la relación en Burchard, ed. Gennarelli 206 y la *carta del senador Ambrosius Mirabilia á Barth. Calchus, fechada en Roma á 13 de Agosto

Con magnificencia del todo desacostumbrada, se solemnizó á 26 de Agosto la coronación del Papa. Los enviados de Florencia y de Mantua refieren concordemente, que nunca se había visto una fiesta más espléndida (1). Una innumerable muchedumbre del pueblo y casi toda la nobleza del Patrimonio, había concurrido á la Ciudad Eterna. Era maravillosa la decoración de las calles con preciosos tapices, hermosas flores y guirnaldas, figuras y arcos de triunfo. Todo lo mejor del Renacimiento, y asimismo sus lados oscuros, se mostraron en aquella ocasión. Los poetas romanos rivalizaban á porfía en glorificar con sus elogios clásico-paganos, al mismo Papa á quien pocos años después cubrieron sin piedad de inauditos insultos. Hasta qué punto llegara tan indigna adulación, lo muestra el dístico siguiente:

«Un César hizo grande á Roma, ora la levanta Alejandro
Osadamente hasta el cenit; hombre fué aquél, éste un dios» (2).

Con razón se escandalizaron varones graves, como el general de la Camáldula, Pedro Delfini, de semejantes desmedidas adulaciones. «Me trajo á la memoria la caducidad de todo lo humano, escribe Delfini á un su amigo, el accidente que presencié con mis propios ojos. En la basílica de Letrán, el Papa fué repentinamente acometido de un desmayo, y no volvió en sí hasta que se le roció el rostro con agua» (3). También toda la corte se hallaba, en la tarde de aquel día festivo, mortalmente fatigada por los esfuerzos, el polvo y el ardor del sol. «Vuestra señoría puede pensar, escribe el agente mantuano Brognolo, lo que significa haber cabalgado de ocho á diez millas en un día, entre semejante muchedumbre de gente.» (4)

de 1492. *Archivo público de Milán*. Sobre las fiestas celebradas en Bolonia, v. Ghirardacci lib. 36. Cod. 768 de la *Biblioteca de la Universidad de Bolonia*.

(1) V. Thuasne II, 615, y en el apéndice n.º 18 la *relación de Brognolo. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Muy especificada es la descripción de Corio, que Thuasne II, 615 ha hecho imprimir de nuevo. Cf. Cancellieri, Possessi 51 s. Atti dell' Emilia III, 2, 250. Christophe II, 377 s. Arch. st. ital. 3. Serie VI, 1, 187-193, y las Actas publicadas por Müntz, Les arts 251 s. Sobre la medalla más notable de la coronación, grabada quizá por Caradosso, v. Jahrb. d. preuss. Kunsts III, 141.

(2) Reumont, III, 1, 202-203.

(3) Thuasne II, 4.

(4) V. apéndice n.º 18. (*Relación de 31 de Agosto.) Llevan la fecha del día de la coronación las cartas que á todas partes se enviaron, en las que Ale-

La afirmación del historiador Guicciardini, violento adversario de Borja, que la elección de Alejandro VI excitó desde luego espanto en todas las Potencias, es totalmente falsa en este universal modo de expresarse. Varias de las Potencias italianas saludaron, por el contrario, la elección con alegría extraordinaria, principalmente Milán. Un embajador refiere expresamente que el duque Luis el Moro manifestó claramente su júbilo por la obra de su hermano el cardenal Ascanio Sforza (1); y el duque tenía buenas razones para ello. «El cardenal Ascanio, escribe el senador Ambrosio Mirabilia, á 13 de Agosto, es quien ha hecho Papa á Rodrigo de Borja; y á consecuencia de esto ha conseguido tanto prestigio y tan gran poder, que no puede decirse ni escribirse bastantemente. No sólo es el más influyente con Alejandro VI, sino que se le considera casi como al mismo Papa (2).

Lo propio que en Milán se celebraba en Florencia la elección del Papa con fiestas y repiques de campanas; así el cardenal Sforza, como el mismo Alejandro VI, aun antes de verificarse la solemnidad de la coronación, dirigieron cartas á Piero de' Médici, en las cuales le aseguraban su amistad (3); de suerte que el hijo de Lorenzo no tenía razón para esperar del nuevo Papa sino favores. El Gran Maestre de los Sanjuanistas llegó hasta entregarse á la esperanza de que la sabiduría y justicia de Alejandro VI librarían al Oriente de la opresión de los turcos (4). El que en Italia hubiera algunos descontentos del éxito del conclave, no puede sor-

jandro VI anunciaba su elección y pedía oraciones para un feliz reinado. (cf. Ciaconius III, 156-157. Santarem X, 110-111. Leonetti I, 312-313. Una de estas cartas se halla manuscrita en el Cod. 1641 de la *Biblioteca de Grenoble*; la dirigida al archiduque Segismundo se halla en el *Archivo público de Viena*. En las *Divers. Alex. VI, 1492-1494, I. Bulletin. se hallan inscritas f. 1, para el 10 de Septiembre de 1492 (cf. f. 4) las expensas hechas para septem mazeriis euntibus cum litteris assumptionis in Franciam, Hispaniam, Angliam, Alamaniam, Neapolim, Mediol., Venet. *Archivo público de Roma*.

(1) *Despacho de Trotti, fechado en Milán á 13 de Agosto de 1492: Lo ill. S. Ludovico per il singular honor chel pretende che in questa creatione del pontefice habia havuto et guadagnato il rev^{mo} mons. Aschanio supra et ultra modum ne jubila. *Archivo público de Módena*. Cf. también el soneto de Pistoja que cita V. Rossi en el Arch. Veneto XXXV, 209. Por consiguiente, es enteramente falso lo que dice Villari, Savonarola I, 164: L'annunzio della sua elezione fu ricevuto in tutta Italia con rammarico universale.

(2) V. el *texto en el apéndice n.º 11, según el original del *Archivo público de Milán*.

(3) C. Landucci 66; Thuasne II, 113; Cappelli, Savonarola 27.

(4) Lamansky, 289.

prender á nadie, pues descontentos de este género los hubo aun en Génova, donde la mayoría, recordando con gratitud á Calixto III, saludó con júbilo la elección de su sobrino (1).

Tampoco la afirmación de Guicciardini, que la elección de Borja había arrancado al rey Ferrante de Nápoles lágrimas de dolor, ha de tomarse á la letra (2). De la carta del Rey no se colige nada semejante, y es poco digno de crédito, que un hombre como Ferrante derramase lágrimas en aquella ocasión, por más que sea cierto que la elevación de Borja, contra quien había trabajado afanosamente (3), no le fuera absolutamente nada agradable. Pero el astuto Rey sabía muy bien disimular sus verdaderos sentimientos; desde luego dirigió al Papa una epístola gratulatoria llena de las más amistosas expresiones (4), y encargó á 15 de Agosto á Virgino Orsini, certificara al nuevo Papa su devoción como «de bueno y obediente hijo» (5). Ferrante podía esperar entonces que aún lograría ganarse á Alejandro VI, empresa á la verdad ardua en el estado de las relaciones entre Nápoles y Roma, las cuales eran de suerte, que á cada momento podían producirse graves contiendas (6). Estas relaciones entre Roma y Nápoles eran también las que despertaban en la corte española preocupaciones para lo porvenir. Conocíase en España la afición de Alejandro á las empresas arriesgadas, y se esperaba de su actividad que haría cosas extraordinarias en favor de los suyos, puesto que, ya siendo cardenal, había fundado para ellos el ducado de Gandía (7).

Manifiesto descontento acerca de la elección de Alejandro VI mostró el Gobierno de Venecia, y su embajador en Milán se expresó con la mayor amargura hablando con el representante de

(1) Senarega 532 y *Relación de C. Stangha, fechada en Génova á 15 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(2) Guicciardini, *Storia d'Italia* I, 1. Aunque Gregorovius VII, 316, (3 edición 310) pone en duda la exactitud de este dato, con todo Villari, Savonarola I, 164 la defiende; por lo demás, en su obra sobre Maquiavelo I, 207, Villari abandona en parte la opinión de Gregorovius.

(3) Sigismondo de'Conti II, 56 y Desjardins I, 439.

(4) *Relación del embajador de Milán, fechada en Roma á 20 de Agosto de 1492. *Archivo público de Milán*.

(5) Trinchera II, 1, 147-148.

(6) Así sucedió entonces en seguida á causa de la conducta del gobernador pontificio de Benevento, v. Trinchera II, 1, 148. A esto se añadía que Alejandro VI no olvidó tan fácilmente la oposición que Ferrante había hecho á su elección, v. Desjardins I, 439.

(7) Zurita V, 15. Höfler, Rodrigo de Borja, 58.

Ferrara: la suprema dignidad había sido comprada con simonía y mil engaños, y si Francia y España tuvieran noticia de este inaudito crimen rehusarían la obediencia. Muchos cardenales habían sido agraciados por el Papa con regalos; pero diez de ellos habían quedado sin estas muestras de favor y descontentos (1). La esperanza de un cisma, que aquí se indicaba, desvaneciéndose totalmente; pues casi todos los Estados prestaron obediencia á Alejandro VI con los más extremos homenajes. Luis el Moro había propuesto que los embajadores de la Liga (de Milán, Nápoles, Ferrara y Florencia) se presentaran en Roma simultáneamente; pero este plan fué desbaratado por la vanidad de Piero de' Médici, el cual tuvo la satisfacción de entrar él mismo en la Ciudad Eterna á la cabeza de los enviados florentinos, para desplegar allí á los ojos de todos sus fastuosas riquezas (2). Después de los florentinos, se presentaron para dar su obediencia los enviados de Génova, Milán y Venecia, y conforme al uso de la época, se agregaron á estas diputaciones los más famosos humanistas y eruditos. Así, de parte de los florentinos, Gentile Becchi, y de parte de Milán el célebre Giason del Maino (3). Las oraciones pronunciadas delante del Papa excitaron universal admiración, como otros tantos espectáculos de elocuencia humanística, y en seguida se esparcieron por medio de la imprenta á los más extensos círculos. Estaban entretejidas con innumerables alegaciones de los clásicos antiguos y contenían numerosas alabanzas del nuevo Papa, que, á la verdad, no eran más que frases usuales de adulación; pero al propio tiempo dejan ver claramente que, en realidad, se tenía opinión de ser Rodrigo Borja persona de capacidad extraordinaria (4).

(1) *Carta de Trotti de 28 de Agosto de 1492, que se halla en el apéndice n.º 14. *Archivo público de Módena*.

(2) Guicciardini I, 1. Sismondi XII, 81. Buser, *Beziehungen*, 308. Desjardins I, 444.

(3) Burchardi *Diarium* I, 8 sq., 18 sq. Gabotto, G. d. Maino, 159 s.

(4) Gregorovius VII, 310. Cf. Acton, 353. Los discursos gratulatorios tenidos ante Alejandro VI fueron impresos casi todos en Roma por St. Plank y otros de 1492 á 1494; cf. Audiffredi, 310 s., 314 s., 319, 320 s., 324, 331, 455 s. La *Biblioteca Borghese*, vendida en pública subasta en 1893, era abundante en semejantes impresos contemporáneos. Cierta número de estos discursos gratulatorios se hallan reimpressos en *Clarorum hominum orat. Coloniae 1559*, también en las *Orationes gratulatoriae in electione pontif. imperat. etc. (Hanoviae 1613)*, como también en Lünig, *Orationes procerum Europae I (Lipsiae, 1713)*, 113 sqq.

En el extranjero se esparció por muchas partes una grande opinión del nuevo Papa. En Valencia reinaba el mayor júbilo (1). El alemán Hartmann Schedel escribe, poco después de la ascensión al trono, en su libro de crónicas, que el mundo tenía mucho que esperar de las virtudes de un tal Papa. El nuevamente elegido, opina Schedel, «es un varón de grande ánimo y prudencia, de mucha previsión y versado en los negocios. En su juventud estuvo dedicado á los estudios en la Escuela superior de Bolonia, y creció en gloria y virtudes, en fama de erudición y en tal habilidad para todas las cosas, que el Papa Calixto III, hermano de su madre, le hizo cardenal, y fué público testimonio de su capacidad y talento que en tan juvenil edad se le recibiera en el número y asamblea de los reverendísimos y excelentísimos cardenales y obtuviera el empleo de Vicecanciller. Por su experiencia y noticia de todas estas cosas ha sido justamente preferido á otros para el gobierno y dirección de la navicilla de San Pedro; y aunque es un hombre de señoril aspecto, todavía hace subir de punto su alabanza principalmente el ser de nacionalidad española. En segundo lugar, es elogio suyo Valencia, y en tercer lugar, su ilustrísima familia. Es sucesor del Papa Calixto III, su tío, de feliz memoria, en el conocimiento de la Escritura, experiencia del arte y vida sincera, y en la benignidad, lealtad, saludable consejo, devoción y conocimiento de todas las cosas que pertenecen á una tan alta dignidad y estado. Por esto es bienaventurado, por estar adornado de tantas virtudes y elevado á tan augusta alteza. Esperamos que procurará el fomento y provecho de toda la Cristiandad, y que sabrá guiarse entre los furiosos acometimientos de esta peregrinación y entre los altos y peligrosos escollos del mar, y alcanzará la anhelada gloria celestial» (2). El Regente de Suecia, Sten Sture, envió á Roma presentes, para demostrar su alegría, magníficos caballos y preciosas pieles (3).

Las exterioridades y los primeros actos del nuevo Pontífice fortalecieron en muchos de sus contemporáneos la buena opinión que tenían del Papa Borja. En Roma procuró ante todo Alejan-

(1) Cf. Villanueva II, 213 s.

(2) Schedel, Chron. Chronicar. (Nürnberg 1493), f. 257^b. Cf. además Lange, 47 s.

(3) Estos presentes (nonnullus equos ac certas foderaturas de hermelinis et marta) son mencionados en la *Littera passus, dat. IV. Non. Mart. 1492, A^o 1^o. Regest. 879, f. 100. *Archivo secreto pontificio*.

dro VI, establecer buen gobierno y severa administración de justicia, la cual era tanto más necesaria, cuanto que en el breve tiempo desde la enfermedad de Inocencio VIII hasta la fiesta de la coronación de Alejandro, se habían cometido 220 homicidios. Contra estos malhechores mandó Alejandro que se procediera á una rigurosa investigación. Al propio tiempo nombró á ciertos varones que visitaran las cárceles, así como cuatro comisarios que oyeran las quejas en la Ciudad, y el mismo Alejandro daba audiencia á todos los que querían presentarle sus querellas (1). En la Hacienda, por extremo arruinada, procuró poner orden por medio de la economía, y de sus cuentas domésticas se colige, que se proponía la mayor moderación como regla general del gobierno de su Corte. Para todos los gastos de la casa del Papa sólo se gastaban mensualmente 700 ducados (3.500 francos). Consiguientemente, la mesa de Alejandro era de tal simplicidad, que los cardenales, mal acostumbrados, procuraban evitar todo lo posible sus invitaciones. «El Papa, escribe el embajador de Ferrara en 1495, no come más que de un plato, bien que éste ha de ser abundante.» Ascanio Sforza y otros, en primer lugar el cardenal Juan Borja, que solían ser comensales de S. S., y asimismo César, procuraron sustraerse á este honor, porque no les agradaba aquella parquedad, y evitaban comer con el Papa siempre y cuando les era posible (2).

También en otros conceptos oímos al principio del nuevo Papa muchas cosas dignas de elogio. El embajador de Florencia dice á 16 Agosto, que sus esfuerzos se dirigían á mantener la paz, y á mostrarse á todos, sin diferencia, como padre común (3). El representante de Ferrara da cuenta del designio de Alejandro de reformar su corte, introduciendo mudanzas, principalmente en las secretarías y en los empleos vejatorios, y asimismo se pensaba en mandar á los hijos de Alejandro á vivir lejos de Roma (4). Al enviado de Milán le aseguró el Papa, era su firme voluntad pro-

(1) Infessura, 282-283. Cf. la Constitución de 1 de Abril de 1493 en el Bull. V, 359 s. y Dal Re, 92. V. también Leonetti I, 321 s.

(2) Gregorovius, L. Borgia, 87-88, y Sybels Histor. Zeitschr. XXXVI, 158, cf. 161 s., como también la revista española de Chabas, «El Archivo. Revista de ciencias históricas», VII (Valencia 1893), 90. La relación de Gebhart, 183-184 está llena de errores. Sobre las deudas que halló Alejandro VI, v. Müntz, Les arts, 40.

(3) Thuasne, II, 613.

(4) Cappelli, Savonarola, 27.